

En la pared de mi habitación tengo colgado un crucifijo de 72 años. Este fue un regalo de bodas para mis padres. Tradicionalmente, un crucifijo se colgaba en una pared en el dormitorio donde el esposo y la esposa lo podrían ver al despertarse en la mañana y antes de acostarse por la noche. Su propósito no era recordar a la pareja que el matrimonio es una cruz, una carga, sino que el desinteresado y derramado amor de Dios dado en Jesús, un amor que ellos prometieron vivir el uno para el otro y para su familia. Viviendo y amando de esta manera, el esposo y la esposa verdaderamente están revelándose como sacramentos del amor de Dios mencionado en la liturgia de hoy.

El mensaje del evangelio de hoy parece bastante simple: ámense los unos a los otros. El desafío que Cristo agrega a ese mandato es: "como Yo los amo". En la parte de "como Yo los amo" es lo que tiene artimañas. ¿Cómo Jesús nos ama? — Hasta la muerte. La segunda lectura de hoy proclama que Dios se define por una sola palabra—*AMOR*—que no tiene egoísmo, que derramada y da Su amor.

Amarse los unos a los otros es mucho más simple que sentirse bien en un momento—del amor romántico representado en canciones, novelas, películas y programas de televisión. Hablen con cualquier padre con un bebé recién nacido que no tenga noches sin dormir, y que al día siguiente aún va a trabajar; alimentaciones con cambios de pañal a las 2 am; un bebé con cólicos— ¡les dirán que el amor, el amor verdadero, es un trabajo duro! O hablen con una de las parejas de nuestra parroquia con las cuales hemos celebrado sus 40, 50, 60 o más años de matrimonio sobre como ellos "asientan sus vidas el uno para el otro" para preservar y crecer en el compromiso de amor que ellos se dieron el uno al otro en el día de su boda, y ustedes aprenderán lo que demanda de "amarse los unos a los otros", como Cristo nos ama. Para amarnos los unos a los otros, debemos cada día, y con frecuencia durante un día determinado, elegir de renunciar a nuestros propios deseos y necesidades; de sacrificar nuestro propio confort; de matar nuestro propio punto de vista, y de las profundas arraigadas preconcepciones.

Este fin de semana y el próximo celebraremos con los niños de nuestra parroquia que van a recibir su Primera Comunión. Estas celebraciones son una buena oportunidad para todos nosotros para reflexionar sobre lo que significa nuestra propia participación en

este sacramento. Es a la vez simultáneamente una experiencia personal del amor de Jesús para mí, y también una acción pública que través de la cual yo me comprometo de vivir este mismo sacrificado y derramado amor para todas las personas. Como lo he mencionado anteriormente, esto es lo que significa nuestra respuesta de "Amén" cuando lo decimos justo antes de consumir el Cuerpo Eucarístico y la Sangre de Jesús.

Todos los domingos cuando nos reunimos para la Misa, y en añadidura el acto público nuestro de dar un paso al frente y de recibir la Sagrada Comunión, entonces es aquí en donde tenemos las oportunidades en formas pequeñas, pero reales, de practicar el mandato del amor. San Benito en su Regla dice: "Recíbanse a todos los huéspedes que llegan como a Cristo" (RB, 53). La práctica de la hospitalidad es una forma práctica, que individualmente y como parroquia ponemos en práctica el amor por Dios mediante el amor a los demás. Tomen el tiempo de introducirse a un feligrés que quizás no conozcan, o un visitante que ha venido a la misa; deslícnense en el banco de la iglesia para hacer lugar a alguien, en vez de forzarlos a pasar sobre ustedes para encontrar un lugar donde sentarse; miren directo a los ojos a la persona a la que ustedes le está dando el Signo de la Paz, y salúdenle sinceramente con "La paz de Cristo esté con usted" en lugar de un solo superficial apretón de manos y de un saludo entre dientes; inviten a alguien a sentarse en su mesa a tomar café y donuts después de la misa, o de usted ir a una mesa para sentarse y visitar a alguien, o a un grupo de personas que no conoce; seguro que estas no son grandes cosas, pero 'acciones' requieren tomar la decisión de salir de nosotros mismos, de nuestra zona de confort, para ver y amar a Jesús en la otra persona, como el apóstol Pedro lo hizo en la casa de Cornelio en la Lectura de hoy de los Hechos de los Apóstoles, ¡estos son pequeños pasos, pero reales! que nos ayudarán a vivir el amor derramado por Jesús.

Finalmente, si todavía no tiene un crucifijo, encarecidamente le sugiero cada familia a procure y exhiba con orgullo este crucifijo en su casa como símbolo del Evangelio de Juan 3:16: *¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna*", y el mandato de Jesús: *"HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA"*.

Padre Jim Secora